

José Ignacio Lacasta-Zabalza

George Orwell

26 de diciembre de 2022.

Notas del autor del libro George Orwell. Vida y filosofía política, sobre su propio trabajo (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, Colección: VIDAS, Nº 18, Director de la colección: Ignacio Peiró, 186 páginas).

El libro, como lo anuncia su subtítulo, es un recorrido por la vida breve, pues parece Orwell a los cuarenta y seis años, pero muy intensa, de este fenomenal escritor. También trata de la evolución de su conciencia política, desde sus primeros pasos como estudiante en Saint Cyprian's School hasta el análisis de su postrera obra cumbre *1984*.

El libro quiere poseer, ya en sus primeras líneas, una seria perspectiva antifascista que, en tierras ibéricas, ha de ser por fuerza de compromiso antifranquista. Así, este volumen está dedicado al recuerdo de Javier Ortiz, también periodista como Orwell, director que fue de *Servir al Pueblo*, órgano de expresión del Movimiento Comunista (MC) y miembro relevante de ese partido que compartió, entre otros y así se rememora, las tareas de organización de la resistencia antifranquista con el autor de este orwelliano trabajo monográfico.

Las primeras páginas arrancan con la exposición de la actitud de sana desconfianza de Orwell ante el Poder, ante todos los poderes, y frente a las religiones, en particular contra el catolicismo, el *papismo* en el léxico de las ideas y tradiciones anglosajonas. Entre otros motivos por la connivencia durante esos años del Vaticano con el fascismo de Mussolini y con el mismísimo Francisco Franco. Y se ha de tener presente que George Orwell, como miliciano que fue, se enfrentó a la militarada ilegítima del franquismo con las armas en las manos y, no es una metáfora, jugándose la vida que estuvo a punto de perder en el frente de la Sierra de Alcubierre (Huesca).

Otra cosa es, y fenómeno harto más problemático, el talante de Orwell ante las revoluciones, las cuales no eran entonces una lejana hipótesis como lo demostró la bolchevique de 1917. Lo que alcanzó de lleno a la formación intelectual de este escritor inglés que vivió entre 1903 y 1950. Compartía las inquietudes de Charles Dickens acerca de la Revolución francesa de 1789, expresadas en su magnífica novela *Historia de dos ciudades* que Orwell admiraba. Pero lo que le sacudió de arriba abajo fue el acontecimiento que, según se decía en consigna de la época, dio todo el poder a los soviets.

Orwell conservó la amistad, y la colaboración en el intercambio de ideas, con Arthur Koestler. Este pasó de su primera militancia en la vanguardia comunista soviética al exilio y a la crítica frontal de aquel sistema totalitario. Transitó de la esperanza revolucionaria a la desesperanza ante el estalinismo por decirlo de un modo muy resumido. E idéntica transición podemos observar en su amigo George Orwell, quien en 1944 escribió

un artículo sobre este pensador crítico ruso. Allí recordaba que la revolución rusa había suscitado en sus inicios grandes expectativas y, lo que era muy destacado entonces, se creía, lo creía la numerosa ala izquierda de la contestación social mundial, que aquel emprendido camino conducía de modo directo a Utopía (que Orwell describe no por casualidad así, como Tomás Moro, con mayúscula).

La Utopía no existe, cavila Orwell, y, además, es peligrosa. A la vista de lo sucedido en la URSS, todo lo más que puede proponerse el movimiento socialista internacional es *mejorar* el mundo y huir como de la peste de la perfección, de los modelos perfectos, de los que no se sabe qué es lo peor, si, como casi siempre, son irrealizables o cuando, a imitación o caricatura del paradigma, se realizan. O cuando se tergiversan, pues con la excusa de alcanzar un mañana lejano la sociedad sin clases, el comunismo, la sufrida sociedad soviética he de admitir los medios tiránicos cotidianos de un régimen que le oprime y explota hasta la extenuación. No otro objetivo persigue la pretendida, y falsa, “revolución por etapas”, mediante la cual se logra una sociedad sin Estado, que eso es el comunismo según las doctrinas de Karl Marx, desde un sistema donde las instituciones estatales controlan a todo bicho viviente, a todas las personas, tanto en su dimensión pública como en el ámbito privado.

Motivos de 1944 que cuajan en los párrafos e ideas de su libro *1984*, editado en 1948, programa pesimista, crítico del totalitarismo universal y compendio del muy elaborado *antiutopismo* que inspira toda esta última producción orwelliana, como supo verlo José Luis Rodríguez en su excelente trabajo del año 2020 *Postutopía* (Prensas Universitarias de Zaragoza).

Otro rasgo que tipifica la obra de Orwell es un *antisovietismo* dominante, que va de menos a más, productor de algunas de las mejores reflexiones de su filosofía política, pero también de varios dislates, hipérboles y desmesuras. Por lo que esta característica ha de ser sometida a intensas matizaciones. Para empezar, no le parece mal la idea de un poder detentado por los soviets que siempre se le antojó un fenómeno histórico positivo, como lo fueron los primeros compases de la revolución rusa. *Rebelión en la granja* fue editada en los últimos años de la vida de nuestro autor inglés, en 1945. Es bien sabido que se trata de una crítica frontal a Stalin, en la novela es el cerdo-jefe Napoleón, y al régimen estalinista encarnado sobre todo por los cerdos, animal escogido a posta por George Orwell quien los encontraba bastante “fastidiosos”. Pues bien, los animales sublevados contra los seres humanos habían partido “de un punto de vista totalmente nuevo”, lo que no hace sino reconocer el carácter prometedor de la revolución bolchevique, pero también destaca a un tiempo la frustración tremenda que introduce en la sociedad el abandono y la traición de aquellos principios que en su día fueron totalmente nuevos.

La crítica de Stalin y su régimen es una de las dimensiones más positivas de la filosofía política orwelliana. Téngase en cuenta que buena parte de la izquierda en los años treinta del siglo veinte, y no sólo la comunista, no quería ver en la URSS, ironiza Orwell, más que eficaces fábricas de tractores, trabajos de obreras y obreros en cadena, los

enlatados de salmón, la presa del Dniéper y, en suma, la dimensión productiva y planificada de aquel sistema político. Piénsese en que, por ejemplo y a tenor de no pocos documentales filmados, durante los desfiles del primero de mayo en los años republicanos españoles, podían verse enormes carteles con la efigie de Stalin exhibidos por distintas organizaciones obreras. Orwell, como su amigo el intelectual norteamericano Edmund Wilson y así se recoge en este estudio, había percibido sin embargo que aquel sistema tenía un grado de perversión política, crueldad y deriva totalitaria en parangón indudable con el viejo absolutismo de los zares.

Es más, en su moderno Prefacio ucraniano de *Rebelión en la Granja*, libro traducido a ese idioma y dedicado a esa oprimida nacionalidad, fechado en marzo de 1947, sostiene que la crítica –así le llama- del *Mito soviético*, su desmantelamiento, es “esencial para la renovación del movimiento socialista”. Postula, estas son palabras casi del fin de su vida, un movimiento hacia el socialismo con otros presupuestos culturales, más orientado hacia la libertad y la justicia, y menos subyugado por el economicismo y la eficacia. No se debe admitir ninguna condescendencia con el régimen totalitario de Stalin, ni la de los científicos que se guían por los resultados experimentales de sus investigaciones y hacen caso omiso de la ausencia de libertades en aquel sistema, ni la de los intelectuales a los que no parece importarles la persecución de las ideas democráticas.

Claro que ese antisovietismo podía conducirle a la exageración y a la desmesura. En algunos de sus escritos sobre la guerra civil española sostenía que la República era poco menos que una vicaría de la URSS, potencia que daba armas al ejército legítimo a cambio de la exigencia de “aplantar” a las fuerzas revolucionarias (CNT/FAI y POUM). Trueque inexistente, como lo demuestran los trabajos históricos del general Vicente Rojo, máximo responsable militar republicano y las investigaciones del siempre bien documentado Ángel Viñas, quien desvela a su vez la independencia del Gobierno de Juan Negrín y el funcionamiento sustentado en el pluralismo político de las instituciones republicanas hasta el fin de la guerra.

Por cierto, algunos biógrafos ingleses han destacado la relación amistosa de Negrín con George Orwell, que tuvo lugar en Londres ya terminada la contienda bélica de 1936-1939. Y Negrín, exiliado, sin perder el tono equilibrado ni la actitud de simpatía hacia Orwell, realiza un retrato de este, una caracterización bien aguda e interesante que sirve de soporte para las Meditaciones Finales y concluyentes de este ensayo. Negrín no oculta tampoco sus críticas hacia el “puritanismo”, la “credulidad” o el “individualismo morboso” del escritor inglés (opiniones que también se matizan en el texto y se contraponen con la honradez a carta cabal que le atribuye el socialista canario).

Hay dos momentos estelares en la biografía orwelliana, que son su experiencia como miembro de la Policía Imperial en Birmania, y su *Homenaje a Cataluña* donde se percibe la conmoción que le causaron los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona. En Birmania analizó toda la hipocresía del colonialismo inglés y la pasó por el filtro estilístico de William Somerset Maugham, lo que dio lugar a varios profundos escritos y a su novela,

traducida así al castellano, *La marca*. De sus escritos barceloneses arranca una concepción vertebral de toda su producción, bien visible en *1984*, que en el lenguaje jurídico de hoy podríamos denominar garantista, que es su oposición a que sea la policía y no la judicatura la que decida sobre la libertad de los seres humanos, el peligro que ofrece la ausencia de instituciones como la del anglosajón *habeas corpus*, la crítica a considerar el derecho como una mera máscara del poder y su cerrada defensa, pero bien argumentada, del *imperio de la ley*. Su más que actual resistencia a la *mentira* como método de dominación de la opinión pública, completa esta Meditación Final de corte garantista sobre *1984* y su vigencia en este mundo con la que se cierra este ensayo.

